

y continuamos nuestro viaje.

Estaba casi completamente cubierto. Cielo gris. Oscuridad creciente. El murmullo de un río, a lo lejos. Nosotros viajando sobre la arena. También el rumor del mar en la lejanía.

En la arena retazos de vegetación diminuta. Si te dabas cuenta de su existencia. Si te fijabas en ella. Y raíces extendidas por todas partes, como las cuerdas del destino, por doquier.

Las nubes avanzaban, se encrespaban tras la cresta de la montaña, atravesaban las quebradas de los montes. Allí se emblanquecían.

Los caballos, aburridos del paisaje.

Mi compañero de viaje no decía nada. Cuán cambiado estaba desde nuestro viaje al este; entonces iba feliz y contento. Y con la cabeza alta.

Ahora iba cabizbajo, en silencio.

Matar a un ser humano

La mujer seguía al hombre por el sendero. Algunas ovejas dejaron de pastar y los miraron. El hombre casi corría y la mujer embarazada lograba apenas seguirlo dificultosamente por la serpenteante trocha embarrada entre dispersos herbazales. De vez en cuando metía un pie en alguno de los charcos. Su calzado estaba tan empapado que desde el interior de los zapatos chapoteaba el agua. No comprendía adónde quería ir el hombre, ella se limitaba a seguirlo. Quizá ni siquiera había sabido nunca quién era aquel hombre sombrío. Veía la torpe figura de su espalda, sus hombros robustos un poco caídos; un hombre de muslos anchos y pesados que caminaba a zancadas sobre unas piernas cortas; el cabello caía sobre el cuello de la camisa, cubriéndolo, la nuca amplia, hinchada en el nacimiento del cuello; no estaba acostumbrada a que él le comunicase sus intenciones.

Ya no veían los caballos que habían dejado en la orilla del lago, sobre el promontorio que terminaba en una lengua de arena.

Empezó a oír el borboteo del arroyo, que era extrañamente tranquilizador y calmoso en aquella

carrera. Como si anunciara alguna solución. La mujer había perdido ya el aliento y su carga se estaba haciendo insoportable. La turbera dio paso a una ladera herbosa. Resbaló en la hierba y estuvo a punto de caer; y se agarró al hombre para evitar la caída. Él ni siquiera se volvió. La mujer no le había visto el rostro desde que se pusieron en camino, a caballo.

Cuando llegaron a lo alto de la ladera, la vereda se abrió en un vallecito donde el arroyo se ensanchaba, desviándose de su curso al encontrar un roquedal que lo dividía, antes de caer en una poza. Había allí abajo un prado pequeño, y sauces enanos en las orillas del río, y geranio silvestre. Él nunca la miró a la cara; quizá un instante cuando la agarró y la echó a la poza, y la mantuvo a la fuerza allí dentro. Y el grito ahogado en sus ojos fijos a través del ligero murmullo del agua, en torno a sus manos apretadas. El borboteo continuó hasta que se perdió en algún lugar en medio del agua; mucho antes de que él hubiera llegado a los caballos que seguían pastando en el promontorio.

Y gansos silvestres revoloteaban solemnes sobre la lengua de arena.

Lejos, en el lago, nadaban tres cisnes, dos juntos y otro un poco más lejos.

Cuando, por fin, el hombre se recompuso, Jón Jónsson, el asesino, se dio cuenta de que lo primero que recordó de aquella hora fue cómo el hinchado vientre de la mujer sobresalía del agua. Y luego pensó que le había sido difícil abandonar a su amante, cuando ya estaba muerta.

En la pérgola: el futuro señor

Aquella nostálgica ironía estaba también en la música que sonaba; que penetraba a través de las palmeras, con sus largas hojas relucientes, lisas, y despertaba en él el recuerdo de unos labios tentadores, insinuantes, en la penumbra de la llama de unas velas, al final de una reunión. Las palmeras estaban plantadas en macetones y el parpadeo de las sombras apagaba y encendía reflejos en las rojizas urnas de cobre cuyo follaje se extendía en semicírculo delante de la orquesta.

Aquella alegría preñada de amargura no era alegre, mas tampoco simple amargura; había también en ella una vena soterrada de melancolía, que llegaba hasta sus mismas raíces.

El hombre estaba sentado a la sombra de una palmera que hacía las veces de chal sobre sus hombros, junto a una lámpara amarillenta que coronaba una esbelta columna de falso mármol con anillos de cobre, pálido por el invierno y la enfermedad, alto y delgado desde su infancia, con el semblante tenso por la búsqueda espiritual.

Con largos dedos delgados se retorció la barba, que era reciente, clara como si hubiera crecido a la pálida luz de la luna. El bigote, que antes usaba vuelto hacia abajo junto a la comisura de los labios, ahora lo llevaba hacia arriba, pues ya era más largo y así se adaptaba mejor a sus facciones.

La sombra de una flor cortaba el resplandor de su mano. El hombre miró su mano como si la viera por primera vez, a una nueva luz; nunca la había visto de aquella forma. Y repentinamente se da cuenta de que todo el mundo está bañado en una nueva claridad, tallado por nuevas sombras.

Es como si todo se hubiese hecho nuevo. Y sin embargo, el mundo era viejo y lúgubre... ese mundo con sus antiguas costumbres inamovibles y su estabilidad, las inquietudes amansadas, convertidas en tradición. Aquella era una claridad renacida que se le mostraba como algo nuevo. O quizá no era sino él mismo. Era él mismo, renacido, nuevo.

Consumido por el fuego, corroído por la ardiente enfermedad, quizá bautizado: nuevo.

Aquí. ¿Estaba aquí? Sí. Y no. Ambas cosas a la vez. Quizá estaba cubierto por alguna especie de yelmo transparente e intangible que le hacía sentirse más lejos de todo lo más cercano, de todo lo que le rodeaba. Una corriente de colores vivos, un fermento vital de luz y sombra en lo más profundo de sus entrañas, un mundo interior que adquiría su fuerza embriagadora de una violencia indiscreta espoleada por la compacta muchedumbre. Vorágines de silencio y de ruido en

turbulenta armonía arremetían contra él sin un momento de respiro; y acrecentaban en él, al tiempo, su presencia y su ausencia. Algo se interponía entre él y lo demás que sucedía en torno suyo y estimulaba sus sentidos; pero en su estado de ánimo vivía también otro tiempo, otra existencia. Como si dos niveles de consciencia se solaparan aunque sin interferirse. Uno de aquellos niveles recibía su fuerza de los obstáculos, de las restricciones, de los muros que encerraban su mundo, aquel instante efímero; el otro acrecentaba las sensaciones y el ánimo del hombre en un territorio de paz precisamente por todas aquellas dificultades.

En el mismo momento, se encontraba en otra realidad, en otro país en nada parecido a este, en el que actuaban fuerzas primigenias. Allí, el tiempo era tan extenso que su velocidad desaparecía. Con una gente que no guardaba relación alguna con la de aquí, una gente que crecía y se fortalecía simplemente por la dificultad de llegar hasta el otro, la ruta que pudiera unir a unos con otros era arriesgada, largos los caminos. El silencio. Y la máscara tallada por el esfuerzo y el clima y la tierra con su constante amenaza, y la eterna helada, un destino enraizado en la sensibilidad y en el deseo que cada uno recibió como herencia de los que pasaron antes y que pervive mejor o peor en la soledad de la que nadie puede escapar, acompañado tan solo por espectros y monstruos creados por la oscuridad y las alucinaciones. Y con esa máscara ha de regresar al polvo que recuperará al hombre, inútil préstamo carente de todo valor, pero que al final ha de reinte-

grarse en su totalidad. Al final de todo, en repetición infinita, cada uno de los que recibieron por un breve tiempo el don de moverse sobre la tierra y acopiar su hermosura para guardarla en el cofre de su alma. Polvo eres y en polvo te convertirás.

Inclinarse bajo el peso de la monotonía, de la falta de oportunidades, cargar sobre los hombros lo que te ha deparado el destino. Pequeñas criaturas humanas en la vastedad infinita. Pero capaces, pese a todo, de engrandecerse cuando la dimensión de los días y las noches afloja su opresivo abrazo; y el hombre escapa a otra dimensión y ahora abraza la tierra, se convierte en tierra; y la tierra se convierte en él con sus impenetrables montañas y sus inviolados desiertos, sus glaciares y sus fuentes termales, sus oscuras landas y las afiladas cimas que fulguran en el gélido viento, sus barrancos donde los torrentes braman precipitándose por las ramblas y se abren, a golpes, un camino en el roquedal; y horadan en la piedra figuras que el liberto de una raza de esclavos percibe a retazos. Y por su gracia se engrandece en la mente del hombre la imagen de su raza en la roca, reflejada en un mundo de gigantes y dioses y enanos, que se abre a los impetuosos ecos del río; el rugiente combate de la piedra y el agua. Y de allí parte el joven hecho poeta.

Y entonces vuela sobre su tierra con alas recién nacidas, tan anchas que es capaz de remontarse en enormes círculos en torno a las cumbres, junto a las águilas, él solo en la límpida quietud.

Se cierne su vuelo sobre el picacho de la montaña, y su aguda vista distingue roquedos y abismos, y atesora imágenes de la roca eterna, conjuradas por los vientos.

Haciendo luego volar su mirada sobre los valles de aquella tierra donde los ríos vistos desde el aire fluyen lentos a través del paisaje; y las granjas se vislumbran apenas a vista de águila.

Mogotes de hierba, elevaciones cubiertas de verdor, briznas que el viento acaricia sobre los tejados como buscando algo a lo que entregar su mensaje. Y en esas oquedades bajo la hierba vive tu gente. Como zorreras o madrigueras de frailecillo. Y se afana día y noche en segar la hierba que cubre los mogotes para alimentar a las tímidas ovejas que triscan por montes y llanos inmemoriales, hasta que llega la hora de dejar hoz y rozón y lanzarse por toda la comarca en busca de las bestias para reunir las, hasta que rezuman por las laderas como leche de montaña, al llegar el otoño, con una sinfonía de balidos, ladridos, rumores de arroyos y agudos gritos, o chapoteo de cascos sobre el musgo de los cenagales, y tintineo de espuelas sobre la roca, o sonoros galopes sobre los campos; relinchos y suspiros; quizá gemidos del viento; hasta que cantos de aguardiente se mezclan con voces de niños y mujeres en el redil al pie de la montaña, y las ovejas cambian su voz cuando su libertad se desvanece en el mundo de los hombres.

Y el hombre desaparece dentro de su choza. Tu pueblo, tu gente. Siglo tras siglo. Tu estirpe sepultada

en la tierra que se acurruca allí durante las grandes ventiscas invernales y busca cobijo frente a las inclemencias en su subterráneo refugio. Con las montañas en su recuerdo mientras la oscuridad y las tormentas de nieve bloquean la guarida de hombres y bestias, que allí conviven. Pero los tinados lejanos llaman todos los días a desafiar a las ventiscas para que la vida pueda ser preservada, una vez y otra. Mientras los espectros vagan libres y la primavera espera lejos, nadie sabe cuánto, tan lejos.

Todo aquello vivía en su alma y lo protegía, salvándole de ser atrapado por el júbilo de la multitudinaria compañía, de ser encadenado por las lentejuelas, por el rumor de las risas, por la tiranía de lo fácil, y así se tornaban en fugaces las tentaciones; y la conciencia despertaba con un deseo doloroso y con la añoranza de algo que apenas intuía vagamente; y que no conseguía entender.

En la corriente de imágenes que asaltaba su mente mientras hacía girar su copa en busca de una nota, habitaba una imagen obstinada que no se desvanecía aunque surgiera otra, una nota constante en un recital siempre cambiante, como si fuera el eje que las enlazaba a todas; y el joven percibe en su visión un roquedal que se alza en medio de la corriente y la rompe en dos, siempre erosionado pero siempre firme.

A veces le acudía el recuerdo de su madre. ¿Quién era esa mujer? Vivía en una especie de bruma misteriosa, allá lejos, en su infancia. Desde allí brotaba algo que él no comprendía, una energía que a veces

parecía aliviarlo en sus aflicciones. Fuerte y fresca. Una fuerza carente de toda ternura. En su memoria vivía una imagen que era incapaz de convocar a voluntad; pero que se le aparecía por sorpresa; y sobre todo en los momentos de confusión, cuando todos los caminos parecían cerrarse. Entonces llegaba aquella mujer fuerte, su imagen, él no sabía de dónde. Y le abría un camino. ¿De dónde? Él era tan joven.

Él era tan joven cuando sus caminos se separaron. Cuando sus padres rompieron aquella guerra que era su convivencia. Ella, fría fuerte silenciosa. Su padre, impetuoso, nunca dispuesto a apearse de su vehemente retórica, y que pasaba de una cosa a su opuesta en un abrir y cerrar de ojos.

Aún llevaba consigo la carta que aquel inestable sentimental de humor imprevisible, su padre, le había escrito para avisarle de las dificultades y los conflictos anímicos de un juez; que tiene que ocultar la simpatía que pueda sentir o no por el acusado en un juicio; pero ha de mostrar firmeza inamovible y adoptar una máscara para ocultar el estado de su ánimo. En la carta describe con todo lujo de detalles el caso que le ocupaba en aquel momento: un asesinato en un valle remoto. Un hombre mata a su amante embarazada, ahogándola. Aquella historia había asaltado muchas veces su memoria, llevando consigo una imagen que le hacía ya imposible saber a ciencia cierta qué era fruto de su imaginación y qué le habían contado. Pero veía ante él tres cisnes nadando majestuosos en un lago, dos juntos y otro un poco más lejos.

Det var paa Frederiksberg det var i maj,¹ canta la asamblea entera, y entrelazan los brazos y se balancean en el alegre vaivén de una armonía barata.

Se pasó la mano por el cabello para ordenar los rizos que armonizaban con su frente alta y con sus ojos penetrantes, que dejó vagar por la sala en medio de aquel torbellino de canciones, sabiendo que era muy poco lo que él tenía en común con aquella alegre concurrencia.

Sabía que su terreno se hallaba en los vastos espacios circundados de montañas, en la sala de las estrellas, o junto al juego de las auroras boreales en la bóveda celeste, o en los veranos sin noche, en las últimas fronteras del mundo; pero al mismo tiempo imaginaba una futura recompensa en los altos, ilustres salones de los palacios de las musas, adornados con los colores y las notas elaborados según las reglas del arte, que siglo tras siglo han domado y cultivado el alma, consciente de que en ellos sería ciudadano de pleno derecho. Pero disimulaba su orgullo en el tugurio en que de momento se encontraba.

Toca entonces su brazo un leve roce de seda. Levanta la vista y ve unos ojos de profundísimo azul que encuentran los suyos.

Sí, seguramente fueron aquellos ojos, al principio. Aquellos ojos que tanto se sabían oscurecer, fue-

¹ Verso de una canción popular danesa: «Era en Frederiksberg, era en mayo». (*N. del T.*)